

cion y transformacion de organismos más simples, no se podría bien decir haber sido producidos por la tierra ni entenderse hasta donde se extendía el mandato de producir impuesto por Dios.

Ahora bien, ó la tierra concurrió á la produccion de la yerba y de los árboles como causa material, segun comunmente creen los antiguos escolásticos é intérpretes, ó como causa eficiente como aseguran Cardin, Cayetano de Vio y el Burgense (1). Si lo primero, sólo Dios produjo como causa eficiente la yerba y los árboles fructíferos, pues ninguna otra causa apta existía; no los ángeles, ya que, segun el comun sentir de los Doctores, carecen de tal virtud; ni algun gérmen natural que no podía existir en la tierra ántes de todo organismo sino producido por el mismo Dios; y ninguna otra causa puede señalarse. Y si con Cayetano se afirma lo segundo, como ciertamente la tierra no tiene virtud propia y natural de producir los vegetales sin gérmen, fué preciso recibiera de Dios tal eficacia fuera del orden natural. Luego necesariamente debe decirse que las yerbas y los árboles fructíferos recibieron al principio su existencia inmediatamente de la virtud divina concurriendo en algo la tierra, y por tanto, que no pudieron en modo alguno salir á la vida por evolucion de otras especies anteriores, aunque estas se supongan criadas por Dios.

Lo mismo puede decirse sobre los animales. Porque consta del mismo sagrado texto que los peces, aves y animales terrestres fueron formados por Dios en sí mismos é inmediatamente *segun su especie*, y por consiguiente, no trajeron su origen del reino vegetal ni de otros vivientes del reino animal. Por eso los Padres y teólogos comunmente atribuyen la primera produccion de los vivientes á la virtud

(1) V. Suarez, *de Oper. sex dier.*, lib. 2, cap. 7, núm. 7, y á muchos otros antiguos.

de Dios fecundando la naturaleza y obrando fuera del orden (1).

Pruébase b). El mismo pasaje del *Génesis* dice que Dios crió *todo* animal que se mueve y vive en el agua, y *todo* volátil y *todo* reptil segun su género y especie. Y aunque no diga expresamente lo mismo de los demás animales, á nuestro juicio, indica bastante que tambien *todos* los animales mansos y *todas* las bestias ó animales domésticos y silvestres y no alguno sólomente recibieron la vida inmediatamente de Dios. Lo mismo debe pensarse de los vegetales, ya por su paridad con los animales, ya por el indefinido modo de hablar; pues yerba y árbol, dichos así en general, no parecen indicar alguna especie determinada sino *todas*. Y *confirma* esto mucho más el que de las palabras de la Escritura han deducido los santos Padres y todos los escolásticos que, por lo ménos, todas las especies perfectas y naturales de vivientes fueron en el principio criadas por Dios, y sólo dudaban, primero, de los animales imperfectos, es á saber, los que opinaban salir ó de algunas materias

(1) Véase, v. gr., á San Ambrosio (*Hexaem.*, lib. 3, cap. 6, núm. 27; cap. 10, núm. 45; lib. 5, cap. 1 y 2, núm. 1 y 5, lib. 6, cap. 3); San Basilio (*Hexaem.* homil. 5, núm. 2, *Cogites velim terram*, etc.; homil. 7, núm. 1; homil. 8, núm. 1, casi al principio, *Sed divinus sermo*, y núm. 7; homil. 9, núm. 2); San Juan Chrysóstomo (*In Genesim* homil. 5, núm. 4; homil. 7, núm. 3 et 5); Ven. Beda (lib. 1, *Hexameron*, in exposit. v. 11, cap. 11); Procopio Cazeo (*In Genes.*, cap. 4, vers. 11, 23, 24); Santo Tomás (1 p., quaest. 69, art. 2; quaest. 71, ad 1.^{um}); De los Comentaristas y Teólogos basta citar á Suarez (*de Opere sex dierum*, lib. 2, cap. 7, núms. 6, 7, et cap. 10, núm. 3); Alapide (in cap. 1.^{um} *Genes.* v. 11, et 24); Benedicto Pereira (*In Genesim.*, lib. 1, núms. 112 et 147); Dionisio Petavio (*de sex dier.* opificio lib. 1, cap. 13, núm. 11); Luis Molina (In 1.^{am} partem, *de Opere sex dierum*, disps. 12, 17); Gregorio de Valentia (In 1.^{am} part., disp. 5.^a, quaest. 3, punct. 3, *Tertio quaeritur*, punt. 5.^o *Tertio quaeritur*); Rodrigo Arriaga (*Disputationum theologicar.*, t. II, disp. 32, sect. 3, subsect. 1, núm. 61; disp. 33, sect. 2, núm. 8 et seqq.); Francisco Sylvio (In 1.^{am} part., quaest. 69, art. 2, quaest. 71); Juan E. Menochio (*In Genes.* cap. 1, vers. 11 et 12); Renato Billuart (*Cursus theologicus*, t. I, tractat. *de Opere sex dierum*, dissert. 2, arts. 4 et 5); António Bernaldo de Quiros (*Curs. Philos.*, tract. *de oper. sex dier.*, disp. 109, sect. 12, núm. 142), y Agustín Calmet (*In Genes.*, cap. 1, vs. 11 et 24).

corrompidas ó de otro modo cualquiera por generacion espontánea; segundo, de las plantas venenosas, cardos y espinas; y tercero, de los híbridos. Pues pensaban que los primeros podian ser excluidos de la narracion general mosaica, porque las causas segundas, á las cuales erróneamente atribuian su origen tenian en sí virtud para producirlos (1). Acerca de los animales venenosos y de los abrojos y espinas los antiguos dudaban por parecerles haber venido al mundo en castigo del pecado, como puede colegirse del mismo *Genesis* (2). Sin embargo, Suarez y muchos otros con Santo Tomás opinan que estos vivientes fueron criados por Dios como todas las demás especies (3). Sobre los híbridos, v. gr., los mulos, viendo su perfeccion y utilidad pudieron algunos pensar fueron criados por Dios con los otros seres; pero la opinion más general era, que hallándose contenidos suficientemente en la potencia generativa de los individuos heterogéneos, á la union adulterina de estos debian su principio (4). Por lo cual San Ambrosio habiendo referido la produccion de la yerba y árboles, enumera muchas especies de vegetales (5), y: «A la voz de Dios, escribete, brotó toda especie de abrojos y matorrales» (6) y lo mismo dice de innumerables especies de peces y animales terrestres (7). Y no es otro el sentir de San Basilio (8), San Juan Crisóstomo (9) y del Venerable Beda (10). Y los esco-

(1) V. Suarez, ob. cit., cap. 10, núms. 10, 11.

(2) Cap. 3, vers. 17, 18.

(3) V. Santo Tomás, 1 p. quaest. 69, art. 2, ad 2.^{um}; 2. 2. quaest. 164, art. 2, ad 1.^{um}; Suarez, lug. cit., cap. 7, núms. 9, 13.

(4) V. Suarez, lug. cit., cap. 10, núm. 12.

(5) *Hexaem.*, lib. 3, cap. 8, núm. 36, caps. 11, 12, 13, 14.

(6) Id., cap. 16, núm. 65.

(7) Id., lib. 5, cap. 1, núms. 2, 3; et cap. 2 y sig.; cap. 13, 14 y sig., lib. 6, cap. 3 y sig.

(8) *Hexaem.* homil. 5, núms. 4, 6, 7; homil. 7, núms. 1, 2, 3; homil. 8, núms. 3, 4; homil. 9, núms. 3, 5.

(9) In *Genes.* homil. 7, núm. 3.

(10) In *Hexaem.* lib. 1, in exposit. vers. 21 y sig., cap. 1, *Genes.* Cfr. Procopio Gazeo (*In Genes.*, cap. 1, vers. 22, 23).

lásticos enseñaban esto mismo (1) como opinion comun, por lo ménos exceptuados los animales de los que hemos dicho tenian alguna duda (2).

Prueba c). Otro argumento puede sacarse del sagrado texto contra la transformacion de las especies. Porque Dios, como consta de los testimonios citados, infundió á cada vegetal su semilla propia segun pedian sus especies, y mandó á los peces y á las aves criados por Él crecer y multiplicarse, dándoles la fecundidad y el apetito de engendrar; y lo mismo, sin duda alguna, mandó á los animales terrestres criados el sexto día, aunque el sagrado Historiador lo calla. De lo cual deducen los santos Padres haberse propuesto que las especies, en cuanto de ellas pende, durasen siempre hasta que, al fin del mundo, por mandato divino, cese toda vida inferior vegetal y animal como lo hemos explicado en la *Cosmología* (3). *En esto consiste la misma bendicion*, dice San Crisóstomo, *en que crezcan y se aumenten mucho en número. Pues como los animales eran criaturas vivientes y queria que duraran siempre, por eso añadió: Y los bendijo Dios, y dijo «creced y multiplicaos.» Esta palabra los conserva hasta hoy, y pasado tan largo tiempo, no ha disminuido aún su género. Pues la bendicion de Dios y su palabra: «Creced y multiplicaos,» les dió el subsistir y el durar* (4). En igual sentido escriben San Ambrosio (5)

(1) V. Suarez, ob. cit., lib. 2, cap. 7, núm. 8 y cap. 10. Véanse tambien otros autores antiguos arriba citados.

(2) Tal vez, como alguno piensa, debe exceptuarse Calmet, cuyas son las palabras siguientes tomadas del original francés: «Le nombre des espèces primitives des animaux n'est pas si grand qu'on se l'imagine. Il n'était pas nécessaire que Dieu créât de toutes les sortes de loups, de chiens, de chats, que nous connaissons. Toutes ces diverses espèces peuvent venir d'une seule, comme tous les hommes, sont venus d'Adam et d'Eve quoiqu'on remarque entr'eux tant de difference pour la couleur, le temperament, la figure du visage, la grandeur,» etc. Calmet, *In Genes.*, cap. 1, vers. 25, 26. Pero parece tomarse aquí la especie por la raza.

(3) Véase la *Cosmología*, núm. 35, pág. 93.

(4) San Juan Crisóstomo, homil. 7, in *Genes.*, núm. 5.

(5) *Hexaem.*, lib. 6, cap. 3, núm. 9.

y San Agustín (1). Y con el mismo texto confirman también lo que la experiencia diaria viene demostrando, que los individuos engendran individuos semejantes á sí y de su misma especie. *Considera á la palabra de Dios, dice San Basilio, como recorriendo los seres criados; entonces comenzó, y es tan eficaz hasta ahora y pasará hasta el fin hasta la consumación del mundo. Porque, así como una bola puesta en movimiento por alguno, si encuentra un plano inclinado es arrastrada hácia abajo por su misma forma y por la disposición del sitio que recorre, y no puede parar hasta verse en una superficie no inclinada, así la naturaleza de los seres movida por un sólo mandato penetra todo lo criado igualmente en la generación y en la corrupción, y conserva por la semejanza la sucesión de los géneros hasta que llegue á su fin. Porque al caballo hace sucesor de otro caballo, al león de otro león, al águila de otra águila; más, va transmitiendo hasta el fin del universo cada uno de los animales, conservándolos por continua sucesión. No basta el tiempo á destruir las propiedades de los animales; la naturaleza, como si hubiera sido formada hace poco, camina con el tiempo siempre nueva. «Produzca la tierra animales vivientes.» Este precepto está clavado y adherido en la tierra, y ella jamás deja de obedecer á su Criador (2). Exactamente lo mismo opinan San Ambrosio (3), San Agustín (4) y Procopio Gazeo (5), y la siguieron fielmente los escolásticos, á muchos de los cuales hemos citado, y no es necesario nombrar á cada uno en particular. Todo esto está en lucha con el transformismo y muy especialmente con la teoría de la evolución. Porque si el precepto de multiplicación dado por*

(1) *De Genes. ad litt.*, lib. 3, cap. 12, núm. 19, cap. 13, núm. 21; et libro imperfecto *de Genes. ad litter.*, cap. 15, núm. 50.

(2) San Basilio, *Exaem.*, homil. 9, núm. 2.

(3) *Hexaem.*, lib. 3, cap. 8, núm. 33; lib. 6, cap. 3, núm. 9.

(4) *De Genes. ad litt.*, lib. incompleto, cap. 11, núm. 34; *de Genes. ad litt.*, lib. 3, cap. 12.

(5) *In Genes.*, cap. 1, vers. 11, 22, 23.

Dios no se entiende referirse sólo al número sino también á las especies, de modo que también ellas puedan multiplicarse sucesivamente, el precepto divino en realidad no se cumple. En efecto, Dios dirige su mandato á las especies criadas por Él, y por tanto, esas deben multiplicarse; pero si la ley supuesta de la naturaleza es, como pretenden los transformistas, que unas especies deben cambiarse en otras y por lo mismo perecer, no se multiplican ellas sino otras diversas que ocupan su lugar y á las cuales no fué dirigido el mandato divino. En una palabra, admitida la doctrina del transformismo, no se impone á todas las especies la ley de perpetua duración sino que, al contrario, la misma naturaleza y la constitución de las causas circunstantes las sujetan á la ley ineludible de perecer ellas y los individuos.

Se dirá: 1.º Es un hecho que ciertamente han perecido muchas especies cuyos restos encontrados en los estratos geológicos demuestran existieron en algún tiempo. Luego si decimos haber sido criadas por Dios como todas las demás, como fueron destruidas por causas creadas asimismo por Dios y ordenadas á sus fines, resulta que á ellas se les impuso ley de muerte no obstante la ley de multiplicación promulgada por el mismo Criador, y, por consiguiente, nada prueba nuestro argumento.

Respondemos. La consecuencia es falsa. Porque en el sistema de evolución la ley de muerte es natural é ingénita á la especie, y por tanto, pugna directamente con la ley de multiplicación. Mas para la destrucción de las especies no hay ley, sino simplemente permite Dios que, á fin de conservar el orden del mundo, las causas naturales, obrando conforme á sus propios fines y fuerzas, destruyan algunas especies de vivientes. Por esto la destrucción de las especies en la hipótesis transformista es inherente á ellas, esencial, por decirlo así; mas según la opinión verdadera que defendemos, es meramente accidental, fuera de que nuestra teo-

ría admite la destrucción de unas pocas, y según los transformistas debieron perecer todas las especies criadas por Dios y además muchas otras formadas por evolución y cambio esencial.

Podrá decirse: 2.º No son tan claras las palabras de la Escritura que no puedan admitir alguna interpretación. Y los santos Padres no proponen como de fe su opinión, ni forman verdadera tradición; lo mismo y con mayor motivo debe decirse de los teólogos y comentaristas posteriores: luego no hay razón para suponer lucha entre el transformismo y la doctrina de la Iglesia; puede, por tanto, discutirse libremente. *Contestaremos negando* la consecuencia; porque, ya lo hemos demostrado, el sentido obvio de las sagradas Letras excluye el transformismo, y no debe despreciarse la autoridad de tantos santos Padres y varones esclarecidos, ni puede prescindirse de ella sin algún argumento de peso y moralmente cierto, y en verdad, todavía estamos esperando nos lo presenten los transformistas. Ciertamente, no alcanzamos á comprender esa benignidad é indulgencia para con el transformismo en esos católicos que contra la comun doctrina de los antiguos é interpretación de la Escritura se empeñan en declarar limpia é inmaculada una teoría que ningún apoyo encuentra en la razón ni en la experiencia, y que con tanto ardor sostienen y defienden tantos enemigos de la religión.

Se instará. En ninguna parte enseña la Escritura haber Dios producido inmediatamente *todas* las especies: luego sin motivo y sin justicia censuramos la opinión de los transformistas moderados, que niegan haber existido desde el principio en la forma actual todas las especies señaladas por los zoológicos y botánicos, y piensan que pudieron derivarse de otras anteriores.

Respondemos distinguiendo. La Escritura no enseña haber sido producidas por Dios todas las especies, á las cuales dan este nombre los modernos, *pase*; todas las especies

verdaderamente tales, *subdistingo*; no lo enseña clara y expresamente, *conc.*; y no puede colegirse probabilísimamente atendidos el contexto obvio y la interpretación y aun los argumentos presentados para sostener la opinión contraria, *neg.* Ya otras veces hemos advertido que acaso los modernos multiplican demasiado las especies y cuentan como tales muchas simples razas: no hablamos de éstas sino de las verdaderas especies. De muchas hace expresa ó implícitamente mención la Escritura, como lo hemos visto; las otras las deducimos, con razón á nuestro juicio, del contexto. Por lo demás, pueden señalarse varios grados en el transformismo moderado, según la transformación se extienda á pocas ó muchas especies. Pero como muchos transformistas admiten multitud de ellas como criadas por Dios, que son fijas é inmutables, y como la misma razón hay para que todas las demás sean lo mismo, bueno sería, según creemos, no reconocer transformación en especie alguna mientras una prueba evidente é innegable no nos fuerce á reconocerlo.

Se instará: 4.º Cuando se interpreta la Sagrada Escritura y se pretende aplicarla á materias controvertidas entre varones sabios, se requiere muchísima cautela para no exponer la sagrada doctrina á las burlas é improperios de los impíos. *Distinguimos* para responder á tal afirmación: si se aduce el Sagrado texto temerariamente y sin fundamento, *conc.*; si la Escritura suministra algún fundamento muy sólido á una de las dos opiniones controvertidas, *neg.* Pues así como se ha de tener mucho cuidado en no exponer á las burlas de los impíos la doctrina sagrada, así también debe un católico cuidar mucho de no callar ni ocultar la verdad contenida en los Libros santos. Y si á tantos escritores les ha sido lícito absolver al transformismo de todo error, ¿por qué nos ha de estar prohibido á nosotros proponer los argumentos que en su contra nos ocurren? Por lo demás desengañense los católicos, los impíos no ménos se desatan y

enfurecen contra la Escritura santa porque atribuye á Dios la creacion del mundo y principio de la vida, que porque le reconoce autor y criador de las especies.

Las dificultades y razones propuestas por nuestros adversarios quedan ya resueltas en los mismos prenotandos, á excepcion de la primera y quinta.

La primera tiene fácil respuesta. Debemos creer que Dios al mandar á Moisés escribir el *Génesis* se *propuso* enseñar *todo* lo realmente contenido en ese libro. Así, pues, si en el *Génesis* no sólo se afirma que Dios es Criador de los vivientes y no vivientes, sino además que Dios produjo las especies no por medio de una virtud innata á las causas segundas, sino por otra significada en su palabra y mandato, fuera del orden y no segun el modo ordinario y comun, como ahora se verifican las generaciones, lo cual queda bastante probado; debemos creer que Dios enseña todo esto, y por lo mismo quiso apartarnos de la doctrina pestífera del transformismo.

Ménos fuerza tiene aún la quinta razon: no negamos haya habido en la creacion cierto orden progresivo ó que no se deduzca clarísimamente de la narracion del escritor sagrado. Lo confesamos sin dificultad como ha mucho lo confesaron ya los santos Padres y los escolásticos (1). Lo único por nosotros sostenido es que de dicho progreso no se sigue el transformismo, pues, testigo la misma santa Escritura, el mismo Dios crió sucesivamente las varias especies de vegetales, peces, aves, y por fin, de animales terrestres.

Otras dificultades pueden oponerse contra el *Génesis* relativas al orden en que cuenta la creacion de los diversos géneros de vivientes. Mas no pertenecen al transformismo, sino más bien á la concordancia de los descubrimientos pa-

(1) V. Suarez (*de Oper. sex dier.*, lib. 2, cap. 10, núm. 7), Molina (*In I. am part. de Oper. sex dier.*, dis. 17), Pereira (*In Génes.*, lib. 1, núms. 133, 148).

leontológicos con la narracion bíblica, que no es de este lugar y la tratamos ya brevemente en otra parte (1) y aun algo volveremos á decir sobre ella más adelante.

ARTÍCULO VI

EXAMÍNANSE LAS PRINCIPALES FORMAS DE TRANSFORMISMO Y EVOLUCION

- § I.—Plan de este artículo.—El sistema de Spencer es impío, ateo, panteísta, impregnado de materialismo y positivismo.—Argumentos de Spencer.—Su refutacion.
- § II.—Expónese el sistema de Hæckel.—Tesis.—Dicho sistema abunda en errores y afirmaciones gratuitas.
- § III.—Recházase el sistema de Lamarck.—Proposicion.—El transformismo de Lamarck se funda en falsos y absurdos principios.—No se apoya en ningun argumento sólido.—Es ridículo en sus aplicaciones.
- § IV.—Exámen del darwinismo.—Tesis.—El darwinismo abunda en afirmaciones gratuitas.—Está en contradiccion con muchos hechos.—Es inepto su proceso para obtener el cambio de las especies.

Lo dicho en los artículos precedentes sobre el transformismo en general, basta, como claramente se ve, para rechazar y refutar cualquiera de sus formas; porque, si el transformismo es vicioso en sí mismo y en su esencia, deberá evidentemente serlo tambien cualquiera sistema transformista, y por tanto, inadmisibile. Sin embargo, el completo desarrollo de la materia pide examinemos las diferentes formas de esta doctrina, y hagamos notar los errores y vicios peculiares á cada una. Examinaremos y juzgaremos las cuatro principales, á saber, las de Spencer, Hæckel, Lamarck y Darwin (2). Spencer sostuvo la evolucion interna y universal. Darwin y Lamarck atribuyeron la transformacion á las causas externas, como lo hemos visto al exponer sus sistemas. Hæckel, si bien no inventó forma alguna nueva de

(1) Véase la *Cosmología*, núm. 174, pág. 235 y sig. Cfr. P. Jos. Brucker, *Études religieuses, philosophiques, etc.*, año 1889, t. 1, pág. 581 y sig.

(2) Las hemos descrito en el capítulo anterior, donde pueden leerse.